

Marta Colvin, Premio Nacional de Arte 1970

Luego de una hora de deliberación, el Jurado del Premio Nacional de Arte dio, por unanimidad, el apreciado galardón a la escultora Marta Colvin, artista consagrada en Chile y en el extranjero, profesora de escultura en la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Chile.

"Creo que ahora hay más conciencia de la función social del arte. Esta manifestación está entrando en la vida. Se está abriendo una vía ancha, por donde van a caminar los jóvenes", declaró la artista al recibir el Premio Nacional". (Información en página 8).



Marta Colvin, Premio Nacional de Arte 1970

AYER A MEDIODÍA, después de una hora de deliberación, el Jurado del Premio Nacional de Arte, dio por unanimidad el apreciado galardón a la escultora Marta Colvin, artista consagrada en Chile y en el extranjero y profesora de escultura en la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Chile.

Presidido por el Rector de la Universidad de Chile, Edgardo Boeninger, el Jurado estuvo integrado por Miguel Rojas Mix, por la Facultad de Bellas Artes; Sergio Castillo, por la Asociación Chilena de Pintores y Escultores; Adolfo Guerrero, por la Sociedad Nacional de Bellas Artes, y Emilio Morales, en representación del Ministerio de Educación.

"El premio fue otorgado por el carácter creador y de incesante búsqueda de lo americano de la escultura de Marta Colvin, que tiende a replantear una serie de cosas en el arte nuestro", señaló Rojas Mix.

EL DESCUBRIMIENTO DE LA VOCACION

"Aunque desde niña había demostrado condiciones especiales para el dibujo, nunca había pensado en ser escultora. El descubrimiento de la vocación fue un verdadero cuento de hadas", cuenta Marta Colvin, una artista llena de entusiasmo y alegría, muy comunicativa.

"Vivía en el campo en la provincia de Ñuble. Volvía en auto de una conferencia de filosofía, y me encontré con una señora, a la que invité a subir. Me contó que era escultora y tenía un taller, que me invitó a visitar. Me regaló un poco de arcilla. Con ella hice una figura de mujer. A los pocos días se me fue abajo. Para mí fue un verdadero drama. Pensé que nunca más sería capaz de hacer algo tan maravilloso. Entonces, por consejo de la cocinera de la casa, de esas mujeres que tienen tanta experiencia, le escribí una carta. Me contestó la señora Noemí Burgues, que era profesora en Chillán, diciéndome que tenía que seguir y comencé a tomar clases los jueves".

"Hubiera seguido haciendo figuras en la provincia, si no hubiera venido el terremoto de Chillán, en que perdí la casa y el taller. Así llegué a Santiago y entré a la Escuela de Bellas Artes. Por todo esto soy muy fatalista", dice siempre muy risueña la escultora.

HOMENAJE A SUS MAESTROS

Los recuerdos fluyen cálidamente en el verbo verídico y esencial de Marta Colvin.

"En Bellas Artes tuve de profesor a Julio Antonio Vásquez, al que le debo mi formación con él voy a compartir este premio. Ahora él está muy alejado del arte, muy deprimido por lo que perdió en el incendio de la Escuela de Bellas Artes. Pero ha sido un formador de juven- tudes".

Junto al recuerdo de su maestro Vásquez, surgen los nombres de los maestros europeos de Marta Colvin. El de extraordinario inglés Henry Moore, el del francés Henry Lawrence y el de su amigo, también francés, Zadkine.

LA BECA A FRANCIA Y AUTODESCUBRIMIENTO

Marta Colvin fue una de las primeras becadas del Gobierno

de Francia, luego de terminada la Guerra.

"Cuando llegué a ese país, yo estaba de rodillas frente a las maravillas que veía. Pero cuando volví fui tomando conciencia de lo que somos. Encontré todo tan diferente a lo que había visto al otro lado. Allá me faltaba la cordillera. Entonces me propuse hacer un viaje por Latinoamérica. Fui a Machu Picchu. Me impresionó tanto que juré que si no podía expresar lo que estaba ahí, dejaba la escultura. Después también fui a Pascua. Volví a Europa y durante dos años no hice escultura. Hacía dibujos y trabajos en terracota. A través de un dibujo empecé a descubrir y a hacer otra cosa y tuve de inmediato el reconocimiento de Europa".

Ese reconocimiento lo tuvo explícitamente Marta Colvin al realizar su exposición en la Galería de France, oportunidad en que el crítico de "Le Monde" señaló:

"Nos encontramos frente a una obra que no es de la Escuela de París, ni la de la Escuela de Nueva York, sino que es una obra en sí misma".

"Esa cosa diferente —dice Marta Colvin— era la Cordillera de Los Andes, eramos nosotros".

Igual reconocimiento a los valores originales de la escultura de Marta Colvin lo obtuvo en la Bienal de Sao Paulo, en 1965.

MARTA COLVIN EN LAS POBLACIONES

Marta Colvin, reconocida en Europa y en todos los grandes centros de arte del mundo por sus valores propios, no ha desdeñado en ningún momento hacer su trabajo junto a los suyos, junto a los estudiantes de Bellas Artes, junto a los trabajadores.

Realmente emocionante es el relato que hace de su último trabajo escultórico, en la Pincoya, en Conchall, junto a estudiantes y trabajadores.

"Creo que ahora hay más conciencia de la función social del arte. Antes el arte era sólo para minorías. Ahora está entrando en la vida. Se está abriendo una vía ancha donde van a caminar los jóvenes".

—"Con ese espíritu hemos salido a las poblaciones", dice Marta Colvin, refiriéndose al

programa "Arte para Todos" en que profesores y alumnos de Bellas Artes fueron a realizar obras en diversas poblaciones de Santiago.

"Habla que dar una demostración a los alumnos que estas cosas eran posibles con entusiasmo. Tuve la idea de hablar con la empresa que urbanizó la Pincoya, la empresa SERMACO, que corrió con todos los gastos y los elementos técnicos. Había que fundir metales, forjar. Nos ayudaron los pobladores. Recuerdo un gasfiter a quien entregué un alicate, una plancha de aluminio y unos alambres. Me dijo que no podría hacerlo. Le respondí: "Usted va a enseñarnos". Empezó con miedo. ¡Y luego una maravilla! "Usted es un artista", le dije. ¡Había que ver a ese hombre, con los ojos humedecidos, mirándose las manos, como ante una especie de milagro!"

"La escultura es una sirena con dos colas, se mueve al primer viento y brilla al sol y tiene por fondo la cordillera. Ahora me dicen que todos los pobladores quieren retratarse con la Pincoya".

LA ESCULTURA EN CHILE

Marta Colvin fue elegida por unanimidad para este Premio Nacional de Arte 1970. Los jurados consideraron también los nombres de otros escultores ya que hasta la fecha sólo había dos premiados en esa especialidad artística: José Perotti y Samuel Román. Fueron nominados Lily Garafulic, Laura Rodig y Blanca Merino.

El trabajo de cada escultor en Chile es una verdadera proeza, según se desprende de las declaraciones de la escultora Colvin.

"Hay muy pocas colecciones de esculturas en Chile, como sucede con los países subdesarrollados. Y este es un oficio muy caro. Yo trabajo la piedra y debo pagar al obrero que trabaja conmigo 120 escudos diarios y en un día se hace muy poco. Para una escultura de uno o dos metros uno debe disponer de unos 20.000 escudos.

Un bronce cuesta 3.000 escudos. A eso hay que agregar el costo de los zócalos de mármol, o sea, pesos, pesos, pesos. Claro, vendo mis obras y puedo ir todos los años a Europa, donde tengo otro taller y trabajo especialmente en madera. Pero vivo al día".

Vive al día, produciendo, creando, enseñando. Marta Colvin no tiene idea de cuántas obras ha hecho. No tiene catálogo, pero los nombres de sus esculturas más famosas están en la Galería de France", en París, la más importante de Francia, que vende sus obras.

Marta tiene tres hijos. "Los tres son muy sensibles al arte. Vivieron muy cerca de mí y algo uno transmite", dice con modestia la escultora.

En enero, la escultora chilena, ahora Premio Nacional de Arte, con mención en escultura y pintura, parte a los países escandinavos, invitada a exponer. Será una verdadera embajadora de nuestros valores culturales y artísticos.